

La quimera del oro

Jack London



TUS LIBROS
SELECCIÓN

La quimera del oro



Título original:

The Gold Hunters of de North, 1903; *The White Silence* 1899;
In a Far Country, 1899; *The Man with the Gash*, 1900;
The Law of Life, 1901; *The One Thousand Dozen*, 1903;
Diablo, a Dog, 1903; *Too Much Gold*, 1903; *All Gold Canyon*, 1905;
Love of Life, 1906; *The Unexpected*, 1906;
To Build a Fire, 1908; *Lost Face*, 1908

© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2015

© De la ilustración: Enrique Flores, 2015

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2015

ISBN: 978-84-678-8708-2
Depósito legal: M. 22259/2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

La quimera del oro



Jack London

Traducción:
Jacinta Romano

Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

JACK LONDON

Jack London (1876-1916) nació como John Griffith en San Francisco, California, en una casa que desapareció en el terremoto de 1906. Fue el hijo indeseado de un astrólogo ambulante y de una madre espiritista, Flora Wellman, que pretendía actuar como médium de un jefe indio. Cuando el astrólogo les dejó, la madre entregó al niño a una antigua esclava de color, Virginia Prentiss, a la que el futuro escritor recurriría siempre en momentos de apuro. Poco después, Flora se casó con un veterano de la guerra de secesión, John London, de quien el joven Jack tomó el apellido.

A los catorce años abandonó la escuela de Oakland. Durante un tiempo trabajó de 12 a 18 horas diarias en una fábrica de conservas, pero la paga era escasa. Con un préstamo de Virginia Prentiss compró un viejo balandro y ejerció la piratería de ostras en la bahía de San Francisco. Cuando el balandro se estropeó, ingresó en la patrulla pesquera, que perseguía a los piratas.

Visitó Japón como marino y recorrió los Estados Unidos como vagabundo, yendo de tren en tren. La magnitud de la depresión económica de 1893 hizo de él un militante socialista, y el temor a convertirse en una mera bestia de carga le convenció de la necesidad de educarse. En las bibliotecas públicas leyó a Charles Darwin (1809-1882), Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Nietzsche (1844-1900), que influyeron decisivamente en su visión del mundo.

A los 19 años, dio en tres meses las asignaturas de dos años de estudio y consiguió entrar en la universidad de California, en Berkeley, pero la abandonó al enterarse del descubrimiento de oro en el Klondike, una región en el territorio del Yukón, al noroeste de Canadá y al este de la frontera con Alaska. Pasó grandes penalidades, contrajo el escorbuto y no halló el filón que buscaba, pero a la vuelta, y ante la imposibilidad de encontrar otro trabajo, decidió ganarse la vida como escritor. La lucha por la supervi-



vencia que Darwin le había mostrado y que él había experimentado en sus propias carnes impregnaría muchos de sus textos.

En 1899 las revistas empezaron a aceptar sus relatos. Su primer libro, *El hijo del lobo*, publicado al año siguiente, llamó la atención de los lectores por su frescura y vigor. En poco tiempo se convirtió en el escritor mejor pagado de los Estados Unidos. Sin embargo, sus enormes ganancias nunca estuvieron a la altura de sus expectativas. Era, en cierto modo, como si nada pudiese compensar los días sombríos y menesterosos de su infancia.

La llamada de lo salvaje (1903), la historia de un perro que en los páramos árticos vuelve a vivir como un lobo, fue su primer gran éxito. A su regreso de la guerra ruso japonesa, a la que había sido enviado como corresponsal, se hizo construir una embarcación, *The Snark*, con la que navegó por los Mares del Sur. En 1910, se asentó en un rancho cerca de Glen Ellen, en California, donde levantó una grandiosa mansión, «La casa del lobo», que se incendió poco antes de estar concluida.

Había sido un hombre robusto, pero en 1916, a los cuarenta años, padecía disentería, uremia y un alcoholismo avanzado. Tomaba morfina para aliviar el dolor, y es posible que una dosis excesiva, voluntaria o involuntaria, le acarrearase la muerte.

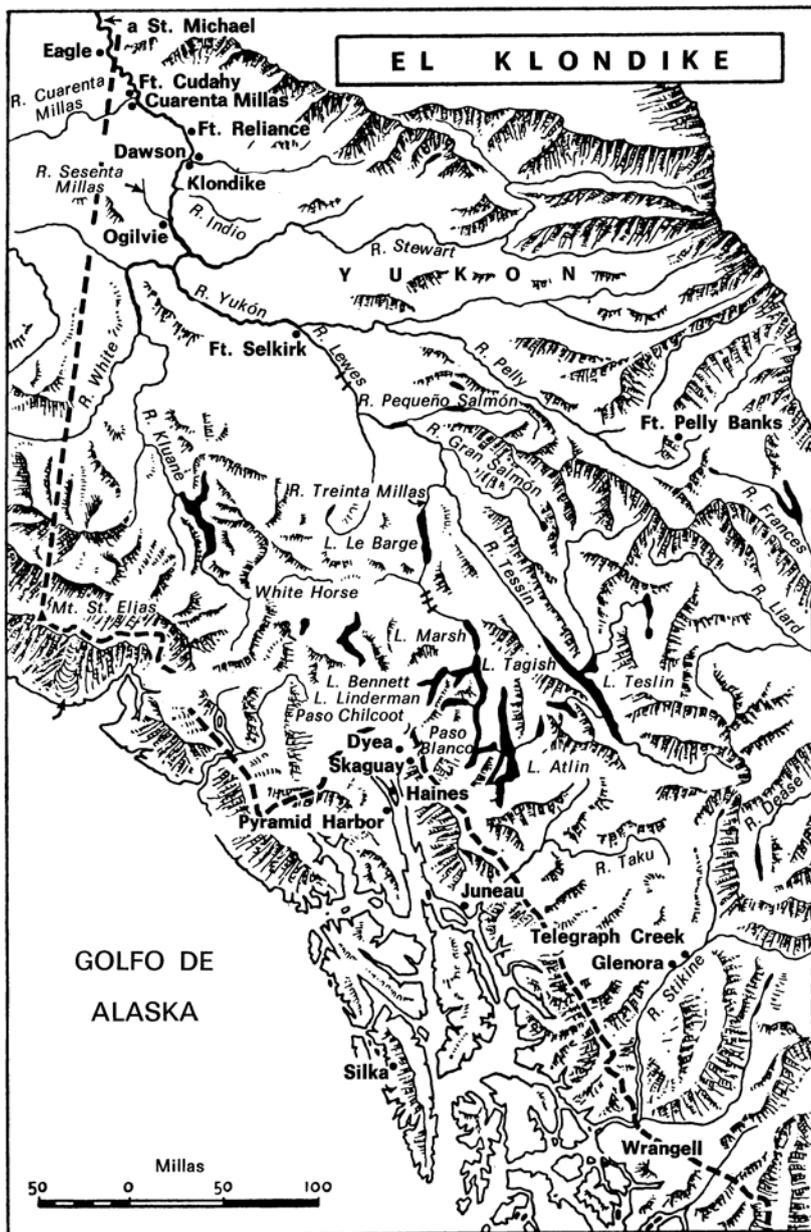
Entre sus mejores novelas figuran *La llamada de lo salvaje*, ya citada, *El lobo de mar* (1904), *Colmillo Blanco* (1906), *Martin Eden* (1909) y *El talón de hierro* (1907), una fantasía futurista que puede leerse como una terrorífica premonición del fascismo. Pero lo mejor de su obra son sus espléndidos y sobrios relatos, en particular los que suceden en el Gran Norte, como los recopilados en este libro, y en los *Relatos de los Mares del Sur*.

A los cien años de su fallecimiento, la popularidad de Jack London se mantiene muy alta en todo el mundo, particularmente en Rusia, donde siempre se le ha admirado. Cabe recordar que Vladimir Ilych Lenin (1870-1924), en su lecho de muerte, pedía que le leyesen cuentos de Jack London, y que su favorito era «Amor a la vida».

«La vitalidad que animó su vida anima su obra, que seguirá atrayendo a las generaciones más jóvenes», escribió Jorge Luis Borges.

Vicente MUÑOZ PUELLES

EL KLONDIKE



Los buscadores de oro del Norte

Donde las luces del Norte bajan por la noche
para bailar sobre la nieve deshabitada.

—Iván, te prohíbo que sigas adelante con esta empresa. Ni una palabra de esto o estamos perdidos. Si se enteran los americanos o los ingleses de que tenemos oro en estas montañas, nos arruinarán. Nos invadirán a miles y nos acorralarán contra la pared hasta la muerte.

Así hablaba el viejo gobernador ruso de Sitka¹, Baranov, en 1804, a uno de sus cazadores eslavos que acababa de sacar de su bolsillo un puñado de pepitas de oro. Baranov, comerciante de pieles y autócrata, comprendía demasiado bien y temía la llegada de los recios e indomables buscadores de oro de estirpe anglosajona. Por tanto, se calló la noticia, igual que los gobernadores que le sucedieron, de manera que cuando los Estados Unidos compraron Alaska² en 1867, la compraron por sus pieles y pescado, sin pensar en los tesoros que ocultaba.

Sin embargo, en cuanto Alaska se convirtió en tierra americana, miles de nuestros aventureros partieron hacia el Norte. Fueron los hombres de los «días

Eslavo: Procedente de un pueblo antiguo que se extendió por el nordeste de Europa.

Autócrata: Déspota, tirano.

¹ Ciudad y distrito de Alaska.

² Península situada en el ángulo noroeste del continente americano, separada de Asia por el estrecho de Bering. Ocupada precariamente por Rusia, en el siglo XVIII, fue comprada luego por EE. UU. En 1959, pasó a constituir el estado 49 de la Unión.

Por otro lado, al ser muchas las localizaciones y accidentes geográficos mencionados por el autor disculpe el lector que no todos ellos aparezcan anotados.



dorados», los hombres de California, Fraser, Cassiar y Cariboo³. Con la misteriosa e infinita fe de los buscadores de oro, creían que la veta de oro que corría a través de América desde el cabo de Hornos⁴ hasta California no terminaba en la Columbia Británica⁵. Estaban convencidos de que se prolongaba más al norte, y el grito era de «más al norte». No perdieron el tiempo y, a principios de los setenta, dejando Treadwell y la bahía de Silver Bow, para que la descubrieran los que llegaron después, se precipitaron hacia la desconocida blancura. Avanzaban con dificultad hacia el norte, siempre hacia el norte, hasta que sus picos resonaron en las playas heladas del océano Ártico⁶ y temblaron al lado de las hogueras de Nome⁷, hechas en la arena con madera de deriva.

Madera de deriva:
Madera encontrada
flotando a la
deriva.

Pero, para que se pueda comprender en toda su extensión esta colosal aventura, debe destacarse primero la novedad y el aislamiento de Alaska. El interior de Alaska y el territorio contiguo de Canadá eran una inmensa soledad. Sus cientos de miles de millas cuadradas eran tan oscuras e inexploradas como el África negra. En 1847, cuando los primeros agentes de la Compañía de la Bahía de Hudson⁸ llegaron de las montañas Rocosas por el río Mackenzie⁹ para ca-

Milla: Medida de
longitud equivalente
a 1609 m.

³ El río *Fraser* nace en las montañas Rocosas canadienses y discurre por la Columbia Británica. *Cassiar* y *Cariboo* son zonas montañosas de esta provincia de Canadá.

⁴ El cabo de Hornos constituye el extremo sur de la isla homónima al sur del archipiélago de Tierra de Fuego, perteneciente a Chile.

⁵ La Columbia Británica es la provincia más occidental de Canadá en la costa del Pacífico. De gran riqueza minera y forestal, la ciudad más importante es Vancouver.

⁶ El océano Ártico, el más septentrional de los océanos, se sitúa alrededor del Polo Norte y se extiende al norte de Europa.

⁷ Ciudad de la península de Seward, en el mar de Bering, Alaska.

⁸ La *bahía de Hudson* es una gran bahía de Canadá, unida al océano Atlántico por el estrecho del mismo nombre, y con el Glacial Ártico por el canal de Foxe. La *Compañía de la Bahía de Hudson* es la más antigua de Canadá. Fue fundada en 1670 por el rey Carlos II de Inglaterra (1630-1685), que le otorgó el monopolio para el comercio en toda la zona.

⁹ Las *montañas Rocosas*, en la región occidental de América del Norte, son un sistema montañoso que se extiende, a lo largo de unos 4800 km, entre Alaska y la frontera mexicana. El *Mackenzie* es un río del noroeste de Canadá, que desemboca en el océano Glacial Ártico.



zar ilegalmente en la reserva del Oso Ruso, se creía que el Yukón¹⁰ corría hacia el norte y desembocaba en el Ártico. Cientos de millas más abajo se encontraban los puestos más avanzados de los comerciantes rusos. Estos tampoco sabían dónde nacía el Yukón, y fue mucho más tarde cuando rusos y sajones descubrieron que ocupaban el mismo gran río. Poco más de diez años más tarde, Frederick Whymper subió por el Grand Bend¹¹ hasta Fuerte Yukón, debajo del círculo ártico.

Los comerciantes ingleses transportaban sus mercancías de fuerte en fuerte, desde la factoría York, en la bahía de Hudson, hasta Fuerte Yukón, en Alaska (un viaje entero exigía entre un año y año y medio). Uno de sus desertores, en 1867, al escapar por el Yukón y alcanzar el mar de Bering¹², fue el primer hombre blanco que cruzó el pasaje del noroeste por tierra, desde el Atlántico hasta el Pacífico. Fue por entonces cuando se publicó la primera descripción acertada de buena parte del Yukón, efectuada por el doctor W. H. Ball, de la Smithsonian Institution. Pero nunca vio su nacimiento ni pudo apreciar la maravilla de aquella gran carretera natural.

No hay en el mundo río más extraordinario que este. Nace en el lago Cráter, a treinta millas del océano, y fluye a lo largo de 2500 millas por el corazón del continente, para vaciarse en el mar. Una vía de transporte de treinta millas y, luego, una carretera que mide una décima parte del perímetro terrestre.

En 1869, Frederick Whymper, miembro de la Royal Geographical Society, confirmó los rumores de que los indios chilcat¹³ hacían breves portes a través

Círculo ártico:

El círculo polar ártico es un círculo imaginario de la esfera terrestre paralelo al ecuador, menor que él y que incluye el Polo Norte.

¹⁰ Río que nace en la Columbia Británica y desemboca en el mar de Bering, dando nombre al más occidental de los tres territorios del norte de Canadá, al este del estado de Alaska.

¹¹ Gran playa situada a orillas del lago Hurón, al oeste de Toronto.

¹² Extremidad septentrional del Pacífico entre Asia, América y las islas Aleutianas.

¹³ Indios aborígenes del sur de Alaska pertenecientes a la tribu amerindia tlingit.



de la cadena de montañas costeras, desde el mar hasta el Yukón. Pero fue un buscador de oro que se dirigía al norte, siempre al norte, el primer hombre blanco que cruzó el terrible paso de Chilcoot¹⁴ y pisó la cabecera del Yukón. Ocurrió hace poco tiempo, pero el hombre se ha convertido en un pequeño héroe legendario. Se llamaba Holt, y la fecha de su hazaña se pierde ya en la bruma de la duda. 1872, 1874 y 1878 son algunas de las fechas indicadas, confusión que no se aclarará con el tiempo.

Holt penetró hasta Hootalinqua y, en su vuelta a la costa, informó acerca de la existencia de oro bruto. El aventurero siguiente del que se tiene noticia es Edward Bean, que encabezó una cuadrilla de veinticinco mineros desde Sitka hasta la tierra desconocida en 1880. Y en ese mismo año, otras cuadrillas (ahora olvidadas, pues, ¿quién recuerda ya los viajes de los buscadores de oro?) cruzaron el paso, construyeron barcas con los troncos de los árboles y navegaron por el Yukón e incluso más al norte.

Y luego, durante un cuarto de siglo, los héroes desconocidos y sin elogiar lucharon contra el frío y buscaron a tientas el oro que intuían entre las sombras del polo. En su lucha contra las fuerzas terribles y despiadadas de la naturaleza volvieron a los tiempos primitivos, se vistieron con las pieles de animales salvajes y se calzaron con el *mucluc*¹⁵ de morsa y con mocasines de piel de alce. Se olvidaron del mundo y sus costumbres, igual que el mundo se olvidó de ellos. Se alimentaban de caza cuando la encontraban, comían hasta hartarse en tiempos de abundancia y pasaban hambre en tiempos de escasez, en su incesante búsqueda del tesoro amarillo. Cruzaron la tierra en todas las direcciones. Atravesaron innumerables ríos desconocidos en precarias canoas de cor-

Morsa: Mamífero marino similar a la foca, cuyo macho presenta un par de colmillos superiores de hasta un metro que usa como defensa y para trepar del agua al hielo o a las rocas.

Alce: Mamífero cérvido con una especie de bolsa de piel y pelo colgando de la garganta; el macho tiene astas grandes, amplias y planas en forma de pala con recortes en los bordes; habita en bosques de coníferas del norte de Europa, Asia y América.

¹⁴ Paso natural de montaña entre las fronteras de Alaska y Canadá.

¹⁵ Botas de piel calzadas por los esquimales.



teza, y con raquetas de nieve y perros abrieron caminos por miles de millas de silencio blanco, donde jamás había pisado el hombre. Avanzaron a duras penas, bajo la aurora boreal o el sol de medianoche, con temperaturas que oscilaban entre los cien grados sobre cero y ochenta bajo cero¹⁶, viviendo, en el severo humor de la tierra, de «huellas de conejo y tripas de salmón». Actualmente, un hombre puede desviarse de la ruta durante cien días y, cuando se felicita de pisar por fin tierra virgen, se encontrará con alguna cabaña vieja y derrumbada, y olvidará su desencanto al admirar al hombre que puso los troncos. No obstante, si uno se desvía de la ruta la distancia suficiente y toma senderos tortuosos, puede dar por casualidad con unos cuantos miles de millas cuadradas para él solo. Por otra parte, por mucho que se desvíe por senderos tortuosos, siempre queda la posibilidad de tropezar no solo con una cabaña abandonada, sino con una habitada.

No hay mejor ejemplo de esto y de la vastedad de la tierra que el caso de Harry Maxwell. Marinero experto, natural de New Bedford, Massachusetts, encalló su barco, el velero Fannie E. Lee, en el hielo ártico. Pasó de un ballenero a otro y terminó en Punta Barrow¹⁷ en el verano de 1880. Se hallaba al norte de la región septentrional y, desde esta ventajosa posición, decidió partir hacia el sur por el interior en busca de oro. Al otro lado de las montañas de Fuerte Macpherson y a unos centenares de millas al oeste del Mackenzie, levantó una cabaña y estableció su cuartel general. Y

Raqueta de nieve:
Objeto similar a una raqueta, que se pone en los pies para andar por la nieve.

Aurora boreal:
Aurora polar.
Fenómeno luminoso que se produce en el cielo nocturno, en el hemisferio norte.

Sol de medianoche:
Fenómeno natural durante el cual el sol es visible las veinticuatro horas del día, en las fechas cercanas al solsticio de verano, en el círculo polar.

¹⁶ Se refiere a grados Fahrenheit (unidad de temperatura de la escala Fahrenheit, que asigna el valor 32 al punto de fusión del hielo y el valor 212 al de ebullición del agua). Respecto a la escala Celsius, 100 °F equivalen a 37,7 °C, y 80 °F bajo cero equivalen a 62,2 °C bajo cero.

¹⁷ Punta Barrow es un cabo del océano Ártico, en la costa septentrional de Alaska. Es el punto más septentrional de los Estados Unidos. Marca el límite entre dos de los mares marginales del océano Ártico; en su lado occidental, el mar de Chukchi; y, en el oriental, el mar de Beaufort. Sus aguas están libres de hielo solo dos o tres meses al año.



aquí, durante nueve años ininterrumpidos, se buscó la vida y prosperó. Recorrió las tierras que van desde los hielos permanentes del Norte hasta el Gran Lago del Esclavo¹⁸. Aquí conoció a Warburton Pike, escritor y explorador, uno de los pocos incidentes de su solitaria vida.

Cuando el marinero-minero acumuló veinte mil dólares en oro, llegó a la conclusión de que la civilización valía la pena para él, y empezó a partir para «El Exterior». Desde el Mackenzie subió por el Little Peel hasta su nacimiento, encontró un paso a través de las montañas, casi se murió de hambre al cruzar las montañas Porcupine, y finalmente alcanzó el río Yukón, donde se enteró por primera vez de la existencia de los buscadores de oro del Yukón y sus descubrimientos. Habían estado trabajando allí durante veinte años, siendo prácticamente vecinos en una tierra tan vasta. En Victoria, en la Columbia Británica, antes de partir hacia el oeste por el Pacífico canadiense (de cuya existencia se acababa de enterar), comentó lleno de emoción que tenía fe en la cuenca del Mackenzie y que pensaba volver después de visitar la feria mundial y de tomar un par de bocanadas de civilización.

¡La fe! No podrá mover montañas, pero sí ha levantado el Norte. Ningún mártir cristiano tuvo jamás tanta fe como los pioneros de Alaska. Nunca dudaron de la estéril y desierta tierra. Los que llegaron se quedaron, y cada vez llegaban más y más. No podían marcharse. «Sabían» que el oro estaba allí, y persistieron en su empeño. De algún modo, el romanticismo de la tierra y la prospección se les había metido en las venas, y el hechizo de todo aquello los retenía sin poder soltarlos. Uno tras otro, después de sufrir las más terribles privaciones, se sacudían el barro de los mocasines y se marchaban para siempre. Pero la primavera

Prospección:
Exploración del terreno para descubrir la existencia de yacimientos geológicos.

¹⁸ El Gran Lago del Esclavo es uno de los grandes lagos de Canadá y forma parte de la cuenca del río Mackenzie.



siguiente los encontraba navegando por el Yukón, entre las acumulaciones de hielo.

Jack McQuestion justifica acertadamente la atracción del Norte. Después de residir allí durante treinta años, insiste en que el clima es delicioso y declara que cuando hace un viaje a los Estados Unidos sufre de nostalgia. Es evidente que el Norte lo ha atrapado y lo tendrá bien sujeto hasta que muera. De hecho, para él, morir en otro lugar sería antiestético y poco sincero. De los tres pioneros, «pioneros», solo vive Jack McQuestion. En 1871, de uno a siete años antes de que Holt cruzase el paso de Chilcoot, McQuestion llegó al Yukón en compañía de Al Mayo y Arthur Harper, por la ruta de la Compañía de la Bahía de Hudson desde el Mackenzie hasta Fuerte Yukón. Los nombres de estos tres hombres y sus vidas van unidos a la historia del país, y, mientras existan historias y mapas, se recordarán los ríos Mayo y McQuestion, así como los pueblos de Harper y Ladue, cerca de Dawson¹⁹. Como agente de la compañía Comercial de Alaska, McQuestion construyó en 1873 Fuerte Reliance, a seis millas más abajo del río Klondike²⁰. En 1898 este escritor conoció a Jack McQuestion en Minook, en el bajo Yukón. El viejo pionero, aunque canoso, estaba sano y fuerte, y tan optimista como cuando hizo su primer viaje a la tierra del círculo ártico. No hay hombre más querido en todo el Norte. Dejará una gran tristeza cuando su alma indagadora cruce la Última Divisoria «más al norte», tal vez, ¿quién sabe?

Divisoria: Línea que señala los límites entre zonas de la superficie terrestre.

Frank Dinsmore es un buen ejemplo de los hombres que levantaron el territorio del Yukón. Era un yanqui nacido en Auburn, Maine, al que la *Wanderlust*²¹ había agarrado pronto por los talones, y a los dieciséis

¹⁹ Dawson City es una población del territorio del Yukón (Canadá).

²⁰ Afluente del río Yukón en el noroeste de Canadá. A lo largo del río, y de la región del Klondike a la que da nombre, se desató la inmigración producida por la fiebre del oro en busca de prospecciones de este metal.

²¹ Término alemán que significa experimentar un fuerte deseo o impulso por viajar.



Barra: Acumulación de arena larga y estrecha formada en la embocadura de un río o en la entrada de un puerto o golfo.

años se hallaba de camino hacia el oeste, con rumbo «más al norte». Buscó oro en las Colinas Negras, y en Coeur d'Alene²². Luego escuchó la llamada del Norte y subió hasta Juneau, en la frontera de Alaska. Pero el Norte seguía llamando cada vez con más insistencia, y no descansó hasta llegar a Chilcoot y a la misteriosa Tierra Silenciosa. Esto ocurrió en 1882, y siguió la cadena de lagos, bajando por el Yukón y subiendo por el Pelly, y probó suerte en las barras del río McMillan. En el otoño, hecho un esqueleto deambulante, volvió del Paso en medio de una tormenta, con una camisa desgarrada, un mono roto y un puñado de harina cruda.

Pero no tenía miedo. Ese invierno trabajó a jornal en Juneau y a la primavera siguiente se encontró con los talones de sus mocasines vueltos hacia el agua salada, de cara a Chilcoot. Esto se repitió la primavera siguiente, y la que siguió a esta, hasta que en 1885 cruzó el Paso para siempre. No volvería hasta dar con el oro que buscaba.

Pasaron los años, pero permaneció fiel a su decisión. Durante once largos años, con raquetas de nieve y una canoa, un pico y una criba, escribió su vida en la superficie de la tierra. Buscó detenidamente oro en el alto, en el medio y en el bajo Yukón. Hacía la cama en cualquier parte. Ni en invierno ni en verano portaba tienda de campaña ni hornillo, y su manta de piel de liebre ártica, de seis libras de peso, era la cubierta más caliente que jamás le vieron. Su dieta consistía principalmente en «huellas de conejo y tripas de salmón», ya que dependía, en gran parte, de su rifle y de su aparejo de pescar. Su resistencia era tan grande como su valentía. Una vez levantó, en una apuesta, trece sacos de harina de cincuenta libras cada uno, y se fue caminando con ellos.

Criba: Instrumento compuesto por un aro al cual está asegurado un tejido agujereado o una tela metálica para cribar o separar las partes menudas de una materia de las más gruesas.

Libra: Medida de peso, de valor variable según las zonas (entre 300 y 600 gramos aproximadamente).

²² Las Colinas Negras (*Blacks Hills*) son un sistema montañoso del oeste de Dakota del Sur y el noreste de Wyoming (EE. UU.). *Coeur d'Alene* es una ciudad situada a orillas del lago homónimo al norte del estado de Idaho (EE. UU.).



Después de terminar un viaje de setecientas millas de hielo a cuarenta millas por jornada, llegó al campamento a las seis de la tarde y halló que se estaba celebrando un baile. Debía estar agotado. De todos modos sus *muc-lucs* estaban helados, pero se los quitó de una patada y estuvo bailando toda la noche en calcetines.

Mas, al fin, le llegó la suerte. La búsqueda había terminado, recogió su oro y partió para «El Exterior». Y su propio fin fue tan digno como el de su búsqueda. En San Francisco le atacó una enfermedad y su espléndida vida se extinguió paulatinamente mientras permanecía sentado en un sillón del hotel Comercial, la «casa de los del Yukón». Los médicos le visitaban, discutían y consultaban, mientras que él preparaba más planes para sus aventuras en el Norte, pues todavía lo aferraba el Norte, sin querer soltarlo. Cada día se debilitaba más y más, y todos los días repetía lo mismo: «Mañana estaré bien». Otros viejos «de permiso» iban a visitarlo. Se limpiaban los ojos y maldecían en voz baja, luego entraban y conversaban alegremente largo rato sobre su vuelta conjunta, cuando llegase la primavera. Pero su Largo Camino terminó allí, en el gran sillón, y la vida le abandonó con el «más al norte» fijo todavía en su mente.

El hambre amenazaba negra y temible desde los tiempos del primer hombre blanco. Era ya crónica para los indios y los esquimales, y también llegó a serlo para los buscadores de oro. Siempre estaba presente y la vida llegó a expresarse en términos de «comida», midiéndose en tazas de harina. Todos los inviernos, de ocho meses de duración, los héroes del frío se enfrentaban al hambre. Al avanzar el otoño, se hizo costumbre el que los compañeros cortasen la baraja o sacasen pajitas para decidir quién tomaría el peligroso camino hacia el agua salada y quién permanecería y resistiría en la peligrosa oscuridad de la noche ártica.

Nunca quedaba comida suficiente para que toda la población sobreviviera el invierno. La compañía A. C.



hacía grandes esfuerzos para conseguir los alimentos, pero los buscadores de oro llegaban cada vez con mayor rapidez y se arriesgaban con mayor audacia. Cuando la compañía A. C. añadió un nuevo buque de vapor a su flota, los hombres dijeron:

—Ahora tendremos en abundancia.

Pero acudieron más buscadores de oro que cruzaban hacia el sur, más *voyageurs*²³ y comerciantes de pieles que se abrían forzosamente paso hacia el este por las montañas Rocosas, más cazadores del mar y aventureros de la costa que llegaban del oeste, del mar de Bering, más marineros, desertores de los balleneros, por el Norte, y todos compartían el hambre de una manera fraternal. Se sumaron otros buques de vapor, pero la ola de buscadores de oro era siempre superior. Entonces apareció en escena la compañía N. A. T. & T., y ambas compañías aumentaron progresivamente sus flotas. Pero siempre era el mismo cuento: el hambre no desaparecía. De hecho, el hambre aumentaba a medida que lo hacía la población, hasta que en el invierno de 1897 al 1898 el gobierno de los Estados Unidos se vio obligado a enviar una expedición de socorro. Pero, como siempre, los compañeros seguían cortando la baraja y sacando pajitas, y permanecían o partían hacia el agua salada según decidiera la suerte. La experiencia los había hecho sabios, y les había enseñado a no confiar en las expediciones de socorro. Habían oído hablar de esas cosas, pero ningún mortal les había echado el ojo encima.

La mala suerte de otras regiones mineras no es nada en comparación con la mala suerte del Norte. En cuanto a los sufrimientos y penalidades no pueden describirse en suficientes páginas de imprenta ni

²³ «Viajeros». (En francés en el original). Los *voyageurs* eran hombres empleados por una compañía de pieles para transportar bienes y personas entre las remotas factorías del norte.



contarse de boca en boca. Nadie que no las haya padecido puede saberlo. Y quienes las han sufrido afirman que, cuando Dios hizo el mundo, se cansó y, cuando llegó a su última carretilla, «la tiró de cualquier manera». Así surgió Alaska. No hay ningún concepto de la vida que pueda explicárselo al que se queda en casa, pero son los mismos hombres los que, a veces, nos dan la pista acerca de sus rigores. Un viejo minero de Minook atestiguó lo siguiente:

—¿No has observado la expresión de nuestras caras? Puedes distinguir a un recién llegado en cuanto lo ves. Parece una persona vivaz, entusiasta, tal vez alegre. Nosotros, los viejos mineros, siempre estamos serios, a no ser que estemos bebiendo.

Otro viejo, en medio de la amargura de una «nostalgia por el hogar», se imaginaba como un marcianno que le explica a un amigo las instituciones de la Tierra con ayuda de un poderoso telescopio.

—Ahí están los continentes —indicó— y allí, cerca del polo, existe un país helado, ardiente, solitario y apartado llamado Alaska. En otros países y estados hay grandes asilos para locos y, aunque estén repletos de gente, no son suficientes. Y a Alaska se mandan los casos más difíciles. De vez en cuando alguna criatura loca recupera la razón en aquellas terribles soledades y, con sorprendente alegría, huye de esas tierras y vuelve a toda prisa a su hogar. Pero la mayoría de los casos son incurables. Los pobres diablos siguen penando, se olvidan de su vida anterior o la recuerdan como un sueño. El Norte vuelve a aferrarlos y no los deja marchar, pues *la mayoría de los casos son incurables*.

La batalla contra el frío y el hambre duró un cuarto de siglo. La propia severidad de la lucha contra la naturaleza parecía convertir a los buscadores de oro en personas amables. Las puertas estaban siempre abiertas y la mano tendida estaba a la orden del día. Se desconocía la desconfianza y no era hiperbólico el que un

Hiperbólico:
Exagerado,
desproporcionado.



Aurífera: Que lleva
o contiene oro.

hombre se desprendiera de su camisa para dársela a un compañero. En relación con esto, lo más significativo de todo tal vez fuese la costumbre, vigente por aquellos días, de que, cuando llegaba el primero de agosto, se les permitía a los buscadores de oro que no habían hallado grava aurífera ir a las tierras de sus compañeros más afortunados y obtener lo suficiente para la comida del siguiente año.

En 1885 se llevaban a cabo unas extracciones muy ricas en el río Stewart, y en 1886 se descubrió la Barra de Cassiar, justo por debajo de la desembocadura del Hootalinqua. Fue por entonces cuando se efectuó el primer descubrimiento mediano en el arroyo Cuarenta Millas, llamado así porque se calculaba que esa era la distancia que lo separaba de Fuerte Reliance, construido por Jack McQuestion. Un buscador de oro llamado Williams partió para «El Exterior» con perros e indios para llevar la noticia, pero sufrió tales penalidades en la cumbre de Chilcoot, que le llevaron moribundo a la tienda del capitán John Healy, en Dyea. Pero había llevado la noticia: ¡*Oro bruto!* En menos de tres meses, más de doscientos mineros cruzaron en estampida Chilcoot, desde Cuarenta Millas. Un hallazgo siguió a otro: Senta Millas, Miller, Glacier Birch, Franklin y el Koyuk.

Pero todos fueron descubrimientos modestos, y los mineros seguían soñando y buscando la corriente fabulosa, «Demasiado Oro», donde el oro era tan abundante que había que echar la grava en las esclusas para lavarla.

Esclusa: Gran depósito de agua.

Y durante todo este tiempo, el Norte preparaba su propia broma. Fue una gran burla, aunque sumamente amarga, e indujo a los viejos a creer que la tierra se queda a oscuras la mayor parte del año, porque Dios se marcha y la abandona a su suerte. Después de todos los riesgos, de tanto faenar y esforzarse, el destino quiso que tan solo unos cuantos héroes llegasen



hasta el final, cuando Demasiado Oro entregó a la luz su tesoro amarillo.

En primer lugar estaba Robert Henderson, y se trata de una historia verdadera. Henderson tenía fe en el distrito de Río Indio. Durante tres años, dependiendo únicamente de su rifle y viviendo de carne la mayor parte del tiempo, prospectó él solo muchos de los afluentes del río Indio, faltándole poco para descubrir los ricos riachuelos, Sulphur y Dominion, y consiguió sacarse un jornal (un pobre jornal) de los arroyos Quartz y Australia. Luego cruzó la divisoria entre Río Indio y el Klondike, y en uno de los «afluentes» de este último encontró ocho centavos por criba. Este producto se consideraba excelente en aquellos días. Bautizó el arroyo con el nombre de «Fondo Dorado», volvió a cruzar la divisoria y convenció a tres hombres, Munson, Dalton y Swanson, para que regresaran con él. Entre los cuatro sacaron setecientos cincuenta dólares. Permítasenos subrayar una y otra vez *que este fue el primer oro que jamás se sacó y lavó en el Klondike. Y resaltemos también que Robert Henderson fue el descubridor del Klondike, pese a todas las mentiras y cuentos en contrario.*

Al quedarse sin comida, Henderson volvió a cruzar la divisoria, bajó por el río Indio y subió por el Yukón hasta Sesenta Millas. Allí llevaba la factoría Joe Ladue, y allí fue donde inicialmente Joe Ladue había abastecido de comida a Henderson. Este contó su historia y una docena de hombres (todos los que había) desertaron de la factoría para marcharse al escenario del hallazgo. Henderson convenció también a una partida de buscadores de oro que se encaminaban al río Stewart de que renunciaban a su viaje y se fuesen a trabajar con él. Cargó su bote de provisiones, navegó corriente abajo por el Yukón hasta la desembocadura del Klondike y lo remolcó y remó contra corriente hasta llegar a Fondo Dorado. Pero



en la desembocadura del Klondike conoció a George Carmack, y aquí es donde empieza la historia.

George Carmack era un *squawman*²⁴. Se le conocía familiarmente por el nombre de «Siwash George»²⁵ —término despectivo que circulaba por su simpatía hacia los indios—. Cuando Henderson lo encontró, estaba pescando salmón con su mujer india y sus familiares en el lugar que luego se convertiría en Dawson, la dorada ciudad de las nieves. Henderson, rebotante de buena voluntad y con las manos abiertas, le contó a Carmack su hallazgo. Pero este se sentía a gusto en su situación. No lo poseía el deseo imperioso de llevar una vida tan difícil. Los salmones le bastaban. Henderson, empero, lo animó a seguirle, hasta que, una vez convencido, se quiso llevar a toda la tribu con él. Henderson se negó a ello y le dijo que sus amigos de Sesenta Millas tenían preferencia sobre los *siwashes*. Y se rumorea que dijo algunas cosas nada agradables acerca de los *siwashes*.

Empero:
A pesar de ello.

A la mañana siguiente, Henderson subió solo el Klondike hasta Fondo Dorado. Carmack, ya despierto, tomó un atajo a pie que conducía al mismo lugar. Acompañado de sus dos cuñados indios, Skookum Jim y Tagish Charley, subió por el arroyo Rabbit (llamado ahora Bonanza), cruzó Fondo Dorado y limitó su concesión, situada junto al descubrimiento de Henderson. Por el camino había sacado unas paladas de tierra en el arroyo Rabbit y le enseñó a Henderson sus resultados. Henderson le hizo prometer que, si encontraba algo a su regreso, le enviaría a uno de los indios con la noticia. Henderson accedió asimismo a pagarle sus servicios, pues presentía que se hallaba tras la pista de algo grande y quería asegurarse de ello.

²⁴ *Squawman* es un término con el que se define al hombre blanco casado con una india y que vive como uno más de la tribu.

²⁵ Con el término *siwash*, derivado del francés *sauvage* (salvaje), se denominaba despectivamente a los indios de Norteamérica.



Carmack regresó por el arroyo Rabbit. Mientras dormitaba a su orilla, a una media milla más abajo de la desembocadura de lo que más tarde se conocería como Eldorado, Skookum Jim probó suerte y sacó entre diez centavos y un dólar por criba en excavaciones superficiales. Carmack y su cuñado deslindaron las zonas altas de Cuarenta Millas, cumplieron las concesiones ante el capitán Constantine, y rebautizó el arroyo con el nombre de Bonanza. Se olvidaron de Henderson. No le llegó ni una palabra. Carmack había roto su promesa.

Semanas más tarde, cuando Bonanza y Eldorado estaban deslindados de punta a punta y ya no quedaba terreno libre, una expedición de tardíos cruzó la divisoria hasta Fondo Dorado, donde todavía trabajaba Henderson. Cuando le dijeron que venían de Bonanza, se quedó perplejo. Nunca había oído hablar de semejante lugar. Pero, cuando se lo describieron, reconoció en él al arroyo Rabbit. Luego le hablaron de sus maravillosas riquezas, y según la versión de Tappan Adney, cuando Henderson se percató de lo que había perdido por la traición de Carmack, «arrojó la pala y se sentó en la orilla tan apesadumbrado, que tardó cierto tiempo en recuperar el habla».

Quedaba el resto de los veteranos, los hombres de Cuarenta Millas y de Circle City. Cuando dieron con el hallazgo, casi todos ellos estaban al oeste, trabajando en las viejas prospecciones o buscando otras nuevas. Como ellos mismos decían, eran el tipo de hombres que siempre los cogía con el tenedor cuando llovía sopa. Muy pocos mineros viejos tomaron parte en la estampida que siguió a las noticias del hallazgo de Carmack. No estaban allí para tomar parte. Pero los que sí participaron en la estampida eran mayormente los Inútiles, los recién llegados y los que siempre andaban en los campamentos. Y mientras Bob Henderson siguió trabajando a pesar de todo, hacia el este, y los héroes siguie-

Deslindar:
Determinar y
marcar con claridad
los límites de un
terreno.



ron hacia el oeste, los novatos y los derrochadores deslindaron el Bonanza.

Pero el Norte no había terminado aún su broma. Cuando llegó el otoño y los héroes volvieron a Cuarenta Millas y Circle City, escucharon tranquilos los relatos acerca de los hallazgos de los *siwashes* y las exploraciones de los gandules, y negaron con la cabeza. Juzgaban por el calibre de los hombres implicados en ellos y lo calificaban de estafa. Pero del Yukón seguían llegando noticias doradas y algunos veteranos subieron a investigar. Observaron el suelo y concluyeron que era la tierra menos apropiada para el oro que jamás vieran en su vida. Bajaron de nuevo al río, «dejándolo para los suecos».

El Norte les devolvió la pelota. El buscador de oro de Alaska es proverbial no tanto por su poca credibilidad como por su incapacidad para contar la verdad exacta. En una tierra de exageraciones tiende a hacer una descripción hiperbólica de los hechos. Pero, cuando llegó al Klondike, no pudo exagerar la verdad más de lo que esta era. Al principio Carmack logró cribas de un dólar. Mintió cuando dijo que eran de dos dólares y medio. Y, cuando quienes lo ponían en duda sí consiguieron cribas de dos dólares y medio, decían que obtenían cribas de una onza. Y he aquí que, cuando la especie empezaba a circular, no sacaban una onza, sino cinco. Entonces decían que eran de seis onzas, pero, al llenar una criba para demostrar que era falso, se lavaron doce onzas. Y así continuaron las cosas. Mentían valientemente, pero la realidad siempre excedía a sus relatos.

Mas la broma ártica del Norte todavía no había concluido. Una vez deslindadas todas las concesiones del Bonanza, desde su desembocadura a su nacimiento, quienes habían fracasado en sus intentos de «entrar» subieron tristes y disgustados por los afluentes. Eldorado era uno de estos afluentes, y, después de localizarlo, muchos hombres le volvie-

Onza: Cada una de las 16 partes en que se divide la libra, equivalente a 28,75 g.



ron la espalda y no le otorgaron un segundo pensamiento. Un hombre vendió su media participación de 500 pies por un saco de harina. Otros dueños vagaban de un lado a otro intentando estafar a los demás sus concesiones por una canción. Entonces «apareció» Eldorado. Era mucho, muchísimo más rico que Bonanza, con un valor medio de mil dólares por pie cuadrado.

Un sueco llamado Charley Anderson había trabajado en el arroyo Miller el año del hallazgo y llegó a Dawson con unos cientos de dólares. Dos mineros, que habían registrado el número 29 Eldorado, decidieron que era el hombre apropiado para largarle la concesión. Era demasiado avispado para convencerlo en estado sobrio y, por tanto, lo emborracharon con un gasto considerable. Aun así resultaba un trabajo difícil, pero lo mantuvieron ebrio durante algunos días y, finalmente, lo persuadieron para que les comprase el número 29 por setecientos cincuenta dólares. Cuando Anderson se despejó, lloró su locura y les suplicó que le devolvieran su dinero. Pero quienes le habían engañado eran de corazón duro. Se rieron de él y se maldijeron por no haberle sacado unos cientos de dólares más. A Anderson no le quedaba más remedio que trabajar la tierra baldía. Así lo hizo y le sacó más de tres cuartos de millón de dólares.

Los veteranos no creyeron en las nuevas excavaciones hasta que Frank Dinsmore, que ya poseía grandes concesiones en el arroyo Birch, tomó parte en ellas. Dinsmore recibió una carta de un hombre del lugar, diciéndole que era «lo más grande del mundo». Así que ató sus perros y subió a investigar. Cuando escribió a casa diciendo que nunca había visto «cosa igual», Circle City se lo creyó por primera vez y se precipitó de repente en una de las estampidas más salvajes que jamás viera la región. Se llevaron todos los perros, muchos se fueron sin ellos y hasta las mujeres, los niños y los enfermos empen-

Pie: Medida de longitud de valor variable según los países (unos 33 cm).



dieron un camino de trescientas millas de hielo a través de la larga noche ártica tras la cosa más grande del mundo. Se dice que solo quedaron en Circle City veinte personas cuando el vapor del último trineo desapareció por el Yukón, casi todas ellas inválidas e incapaces de viajar.

Desde ese momento se descubrió oro en toda clase de lugares, bajo las raíces de la hierba de las laderas, en el fondo de la isla de Montecristo y en las arenas del mar de Nome. Y ahora, el buscador de oro conocedor de su oficio elude los lugares de «aspecto favorable», confiado en que la sabiduría que tanto le ha costado adquirir lo llevará a encontrar más oro en los sitios que parecen menos apropiados. A veces se alegan estas razones para sustentar la teoría de que serán los buscadores de oro y no los exploradores los hombres que, en última instancia, conquistarán el polo. ¡Quién sabe! Lo llevan en la sangre y son capaces de ello.

Índice

Presentación: JACK LONDON	5
Los buscadores de oro del Norte	9
El silencio blanco	27
En un país lejano	41
El Hombre de la Cicatriz	63
Ley de vida	79
Las mil docenas	89
Diablo	111
Demasiado Oro	129
El filón de oro	149
Amor a la vida	173
Lo inesperado	199
La hoguera	225
El Burlado	247
Apéndice: <i>La gran fiebre del oro</i>	263

La quimera del oro



Los relatos que recoge este volumen tienen

como factor común la fiebre de los buscadores de oro en Alaska durante la segunda mitad del siglo XIX. El oro enriqueció a algunos y destruyó a muchos, convirtiéndose así en una auténtica «quimera». Historias duras, trágicas o solidarias, todas tienen como escenario estas gélidas tierras. Porque la verdadera protagonista es la inmisericorde naturaleza helada, ese impresionante silencio blanco, preludio de la muerte. Frente al implacable frío polar, la lucha del hombre por la supervivencia en un medio hostil; protagonizada por seres generosos (*El silencio blanco*, *Ley de vida*), estafadores (*Demasiado oro*), inútiles y degradados (*En un país lejano*), avariciosos (*El Hombre de la Cicatriz*), o por la astucia (*El burlado*) o la obstinación angustiosa y rabiosa de sus protagonistas (*Las mil docenas*, *Amor a la vida*, *La hoguera*, *El diablo*).



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-678-8708-2



9 788467 887082

1566080



ANAYA